

El Modelo.

Mauricio adelantaba en la pintura.

Al contrario de otros enamorados á quienes el amor sirve de pretexto para holgar abandonando sus ocupaciones, Mauricio encontraba en el que se habia enseñoreado de su corazon un estímulo.

Quería gloria, quería fama, no por amor al arte, aunque el que le profesaba era instintivo y grande, sino por amor á Luisa.

Trabajaba incesantemente y adelantaba con gran placer del buen don Marcos que cada dia se convencía mas de que habia hecho una cosa buena cediendo á las instancias de D. Gerónimo, y que jamas habia dejado escapar de sus labios la menor palabra que pudiera indicar á Mauricio que le era gravoso.

Al contrario, le animaba siempre, y cuando el pobre mance-

bo le hablaba de los gastos que le originaba, se encogía de hombros, sonreía bondadosamente, y dando un pescozon de cariño á Mauricio le decia:

—Anda, anda, zopenco; ¿te parecerá á tí que me duele gastar cuatro tlacos en que te hagas grande, hombre?

Mauricio le habia cobrado mucho cariño á su bienhechor, y en el fondo de su alma guardaba hácia él un sentimiento profundo de gratitud.

La exposicion se acercaba.

Mauricio no habia querido presentar copias solamente y trabajaba un cuadro original.

Era un emparrado bajo el cual una madre amamantaba á un recién nacido, miéntras que un chico, de cabellos dorados y rizados, introducía sus deditos entre las lanas de un perro de Terranova que le lamia mansa y cariñosamente la cara.

La idea era bella; la ejecucion magnífica; habia en aquel cuadro, al que Mauricio daba los últimos toques, una verdad y una frescura admirables.

Las hojas de la enredadera se desprendían perfectamente y parecían moverse á impulsos de la brisa; la madre veía á su hijo con esa mirada tiernísima que solo puede lucir en los ojos de una madre; el niño que mamaba acariciaba con una de sus manecitas el pecho que le alimentaba; y el otro, magnífico tipo de travesura y de viveza, dado todo á su entretenimiento con el Terranova, se cuidaba poco del grupo que tenia á su espalda.

Todo era bello en aquel cuadro: los celages de la tarde que se transparentaban entre las hojas; la tierra que parecía humedecida por el agua de un pequeño caño que serpeaba entre las yerbas, y en el que tenia el perro metidas las patas traseras; pero el grupo especialmente, era de lo mas acabado y encantador.

Para la figura de la madre habia servido de modelo á Mauricio, una jóven bella y seductora, cuya familia, perseguida por el infortunio, se hallaba en la mayor miseria.

La belleza de la jóven era extraordinaria; pero el hambre, el insomnio, la falta de aseo, y las privaciones que son consecuencia precisa de la pobreza, habian marchitado aquella flor cuando estaba todavia en boton. Para ayudar en algo á su pobre familia, la niña concurría á la academia á servir de modelo á los artistas. Sufria las bromas y los chicleos de los jóvenes pintores, y volvía á su casa llorando su humillacion, pero llevando una pequeña moneda que impedia se murieran de hambre al dia siguiente su madre y sus hermanitos.

¡Triste condicion de los pobres, que en la edad en que de mas cuidados necesitan sus hijas, cuando mas expuestas están á las seducciones del mundo, tienen que abandonarlas á su suerte, para que contribuyan con su trabajo al sostenimiento de la familia!

María, que así se llamaba el bello modelo, estaba exasperada por la miseria; sus lágrimas habian dejado una triste huella en su semblante, y sus ojos habian adquirido un brillo extraordinario. Aborrecia la vida, y á las flores y á las bromas de los alumnos de la Academia, contestaba levantando los hombros ó con alguna palabra que pegaba mal en sus seductores lábios.

Ninguno podia alabarse de haber recibido siquiera una mirada cariñosa, una esperanza de ella; y el mal carácter que manifestaba habia hecho que poco á poco la aborrecieran todos y la trataran mal.

Solo Mauricio, que la habia tratado siempre con las consideraciones debidas á su sexo y á su desventura, habia logrado que la niña fuese mas amable con él. María se prestaba gustosa á servir de modelo á nuestro héroe, y permanecia lar-

go rato sin enfadarse en la postura que el pintor le marcaba, por complacerle.

Los pinceles de Mauricio la divinizaban: aquella belleza, pálida y marchita, adquiría en el lienzo toda la frescura, todo el brillo que dan la juventud y la felicidad.

Mauricio cedia así á su vocacion por el arte, y nunca las perfectas facciones de María, el bello contorno de su cara, habian hecho nacer en él otro sentimiento que el de una admiracion de artista, que se confundía á veces con la conmiscion que le inspiraba la desventura de aquella pobre niña.

No sucedía lo mismo con esta. Sensible á las atenciones de que Mauricio la hacia objeto, habia empezado por distinguirlo de sus aturdidos compañeros, tratándole mejor que á ellos, y poco á poco su interés por él fué creciendo de tal manera, que ansiaba llegase la hora de concurrir á la Academia por verle, gozaba mirándole, y cuando volvía á su casa, el recuerdo del pintor dulcificaba sus trabajos, y hacia agradables sus sueños.

¡Pobre María!

Cuando un hombre concibe una pasion mas ó ménos pura, mas ó ménos legítima por una mujer, tiene el derecho de insistirse, de declarar su amor, de perseguir á la que es objeto de él, hasta que logra ser correspondido ó desahuciado completamente; aunque en este último caso le queda el recurso de la insistencia, de los sacrificios, que no es raro lleguen al fin á conmover el alma de su amada, y á hacer nacer en ella un sentimiento de gratitud y de complacencia que acaba por convertirse en amor.

Pero cuando una pobre mujer que tiene las mismas probabilidades que un hombre para concebir una pasion, y tal vez mas, porque su alma, por lo regular mas sensible, se halla mas abierta á esta clase de sentimientos, se enamora de un hombre, tiene que ocultar su amor en el fondo del corazón, so pena de ser el ludibrio de la sociedad, y muchas veces hasta del hom-

bre que es el objeto de su cariño y á quien la vanidad le hace ver con desprecio lo que debia inspirarle gratitud y veneracion.

Apénas habrá ley mas injusta, pero se observa mejor que otras, basadas en la justicia y que tienen por objeto el bien de la sociedad, y de ahí los matrimonios desgraciados, la escision en la familia, la desventura de los hijos; de ahí esos terribles dramas que pasan en las sombras de la noche; de ahí esos sufrimientos atroces que desgarran el corazon de las pobres mujeres y que tienen que encubrir con una sonrisa para que no los alcance á ver el mundo.

Porque el despecho de no ser amadas por el objeto de su cariño arroja á las mujeres en brazos de un hombre por quien no sienten amor, pero que les ha jurado que las adora; y viene la realidad de la vida del matrimonio, que corresponde tan poco á las ilusiones soñadas, y la casa se convierte en un infierno, y los hijos son amantados con odio, y la union desaparece, y el ángel conservador de la familia, pliega sus alas y vuelve al cielo, impotente para restablecer la paz y desesperado de cumplir la mision que Dios le habia confiado.

María amaba á Mauricio.

Este, ocupado en su cuadro enteramente, no advertia las ardientes miradas de la niña.

Tampoco habia notado el tono afable y amistoso con que ella le hablaba y que hacia un contraste extraordinario con el hurraño y regañon de que usaba para dirigirse á los demas alumnos.

Cuando concluia la sesion, María se levantaba con pena, tendia la mano á Mauricio, que este estrechaba afectuosamente, y se ausentaba de la sala, no sin volver varias veces la cara para ver al pintor, que en pié frente á su cuadro, le contemplaba absorto y le daba algunos toques maestros sin pensar mas en su modelo.

María llegaba á su casa llorando algunas veces, siempre pen-

sando en Mauricio; entregaba á su pobre madre la miserable moneda que habia recibido en la Academia, y se dirigia despues á un rincon del triste cuarto que habitaba, á ocuparse en su labor de costura y á soñar con el pintor.

El pensamiento de que este no la amaria nunca ni comprenderia su amor, y de que tal vez amaba á otra, hacia asomar lágrimas á sus ojos, su vista se empañaba, y brotaba la sangre de sus dedos que se picaba á cada momento con la aguja.